

Navegando por el mar

El mar está plano, tranquilo e inquietante. Sólo un ligero cabrilleo quiebra su quietud. La esfera roja surge en el horizonte, desde el fondo del mar. Crece rápidamente y se dirige hacia la costa a la vez que asciende rumbo al cielo.

Impresiona la aparición del sol en las costas mediterráneas. Impresiona como las puestas de sol en el Atlántico, en la Costa de la Muerte, desde Malpica y Finisterre. La imaginación puede contemplar simultáneamente estos maravillosos amaneceres y ocasos, sin desplazamientos ni en el espacio ni en el tiempo.

Silencio. Baganvillas. Cal en las fachadas. Mar y cielo. Arena. Silencio permanente. No han comenzado los vientos de la mañana. Horas de reflexión. Sólo algunas barcas en la mar, recortadas delante del sol, como en un cuadro de Manet. Redes tendidas en la mar, las tristes redes del cartero de Neruda y Skármeta. Pescadores solitarios, pocos, comienzan a preparar sus artes en la playa.

Jaime no se levanta hasta dentro de unas horas. Siempre con un sueño que no termina de desaparecer. Por la noche hay que insistir para que se vaya a acostar. Se ha integrado en una numerosa pandilla. Corren y juegan hasta bien entrada la noche.

El final de La Manga del Mar Menor, a veinte kilómetros de la entrada, es un laberinto de palmeras y canales, con grandes espacios abiertos, y, cuando transcurre esta historia, con pocas edificaciones de altura, aunque ya algunas torres comienzan a transformar el paisaje.

La playa del Estacio, la más grande del Mediterráneo, dicen. Tiene zonas muy solitarias, alejadas de las edificaciones porque los dos mares están muy cercanos. Incluso en el verano, en las mañanas de los días festivos. Nada que ver con La Manga bulliciosa y densa antes de

llegar a Puerto Maestre y el puente levadizo sobre el canal que une el Mar Menor con el Mediterráneo, el Mar Mayor.

—Hemos ido hasta el Mesón del Murciano —explica orgulloso a sus abuelos, con los que está pasando los meses de verano, durante las vacaciones escolares.

El Mesón está sólo a unos cientos de metros, pero desde su perspectiva, está en los confines de la zona de la Manga en la que pasa aquellos felices días.

Algún día, cuando sea adulto y visite nuevamente estos lugares, percibirá que las distancias se han acortado con el tiempo. Los espacios abiertos y sin límites de su niñez se convertirán en áreas finitas y acotadas, aunque nada se hubiese modificado, salvo el transcurrir del tiempo.

La primera actividad del día, después de un excelente desayuno preparado por su abuela, es ir a la escuela de vela. Se viste, y colabora activamente en la preparación de la vela y en el arrastre de los *Optimist* hasta el mar.

El abuelo le sigue en una *zodiac*. No puede resistir la tentación de llevar una cámara fotográfica. Le toma decenas de fotos. En la lejanía, cuando la proa orza hacia la orilla, los zigzagueos al barloventar, el ceñido de las boyas. Todas y cada una de sus maniobras.



Jaime imagina mil y un viajes y aventuras a bordo de su *Optimist*. Durante el curso escolar ha leído "La isla del tesoro", el libro de

aventuras de Robert Louis Stevenson, cuidadosamente construido, en el que la acción y las emociones no abandonan al lector, desde la primera a la última página. Jaime navega a toda vela al mando de la goleta Hispaniola, con sus dos palos —de trinquete y mesana, según se va de la proa a la popa—, los cuatro focos desplegados —velas triangulares amarradas al bauprés, el ariete que sobresale de la proa—, la vela mayor cazando el viento en el trinquete, los juanetes —las velas trapezoidales desplegadas en la parte más elevada de los palos de trinquete y de mesana—, y finalmente la cangreja —la vela de popa— y las gavias, o sea, las velas del palo de mesana.



El *Optimist*, sin embargo, sólo tiene una vela y Jaime lo gobierna con el timón y la botavara. Navega mar adentro, cazando el viento. En la lejanía puede apreciar el perfil de la costa. Para él es una isla misteriosa de los Mares del Sur, tal vez con un tesoro escondido, codiciado por terribles bucaneros.

Con una hábil maniobra de timón, cambia de rumbo rápidamente, a la vez que vuelve a cazar el viento, tras un rápido desplazamiento de su cuerpo para cambiar de amura en su pequeño velero. Y de nuevo rompe velozmente las olas rumbo a la orilla.

La clase finaliza. Lentamente se recogen velas y se arrastran los *Optimist* hasta la arena de la playa.

Cuando se dirigen de regreso a casa, el abuelo de Jaime comenta, medio en serio, medio en broma:

—Veo que te gusta mucho navegar. Un día de éstos te voy a enseñar a navegar por Internet.

Jaime también hace *windsurf*, lo que le gusta tanto o más que navegar en su pequeño *Optimist*. El manejo de la vela y el arte de cazar el

viento se basan naturalmente en los mismos principios y por ello los conocimientos que adquiere en cada una de sus actividades se complementan. En el *windsurf* ha aprendido que es muy importante mantener el plano de la vela perpendicular al de la tabla y que para iniciar la navegación hay que poner la vela a sotavento, esto es, en el lado de la tabla contrario a la dirección de donde el viento sopla, y seguidamente levantar ligeramente el huso que hace las veces de botavara. Con un rápido movimiento, Jaime apoya con fuerza los pies en la parte posterior de la tabla y, con las rodillas flexionadas, inclina rápidamente hacia abajo la botavara y, sin cambiar el plano de la vela, caza el viento para surcar las aguas a toda velocidad.

Tanto le gusta la navegación en cualquiera de sus modalidades que comienza a sentir curiosidad por aprender a navegar por Internet, como le ha propuesto su abuelo.

Jaime tiene dos hermanitos que se llaman Pedrito e Iñaki. Él es el hermano mayor. Aunque son de edades y caracteres muy diferentes, se quieren mucho y pasan juntos momentos muy divertidos.

Hacen excursiones por la zona. Pescan en las playas, con caña y con truel, tanto en el mar interior como en el mar Mediterráneo.

Hay una laguna llena de algas y fango a la que ellos llaman "Las Arenas Movedizas". Cuando su abuela se descuida, recorren la laguna en compañía de su abuelo hasta alcanzar las torres construidas frente al mar que, en otros tiempos, se utilizaban para vigilar la costa y prevenir desembarcos por sorpresa de piratas y de flotas enemigas.

El resultado de la aventura suele ser una fuerte reprimenda de su abuela, pues regresan a casa completamente cubiertos de fango y algas, con un botín de insectos de diversa índole, medusas, algunas venenosas, y pececillos recién pescados, agitándose en sus cubos de playa, que los chicos han llenado con agua del mar.





A pesar de todo, su abuela les perdona en poco tiempo y sonriente les prepara un succulento manjar que hace que se chupen los dedos para paladear hasta los últimos residuos: alitas de pollo, bocatas de jamón, filetes empanados y otros muchos, variados y deliciosos platos y postres. Ñaki, la primera vez que los probó, llamó filetes envenenados a los filetes empanados. Aunque muy pronto se dio cuenta de cuál era el nombre correcto, durante mucho tiempo insistió en ponerles el apellido envenenado, tal vez por querer tener la última palabra y ser consecuente con sus ideas hasta el final. Ñaki es así.

Pedrito llama a los bocadillos que prepara su abuela “bocatas de verdad”. Naturalmente, pues están formados por una gran barra de pan repleta de jamón que desborda por los cuatro costados. No puede concebir otro tipo de bocadillos. Es tanto lo que le gustan que cuando está en un bar o en una cafetería y le dan un bocadillo normal o un sándwich, afirma con mucha seriedad y convicción: “Yo quiero un bocata de verdad”. Y lógicamente no hay más opción que prepararlo exactamente como se los hace su abuela.



Tanto a Jaime como a sus hermanos les gusta jugar con los juegos de ordenador, especialmente los relacionados con el fútbol.

—Para igualar las fuerzas —dice el abuelo— tu utilizarás el ratón, que es más fácil de manejar, y yo jugaré y realizaré las jugadas con las teclas ¿De acuerdo?

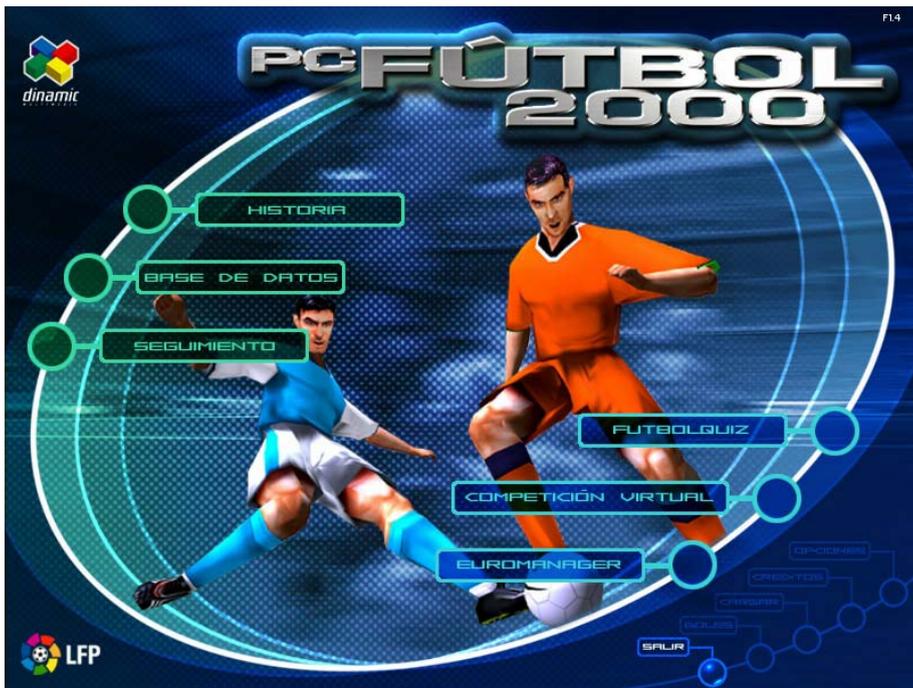
Jaime asiente y comienza el partido.

Resultado: "7-0"... a favor de Jaime.

Así que intercambian los papeles y Jaime utiliza el teclado.

—Ahora sí que voy a ganar —dice el abuelo—. Seguramente me he descuidado un poco en la partida anterior.

Para su desazón, el resultado es de "7-0"... nuevamente a favor de Jaime.



El abuelo piensa que la habilidad de Jaime es muy lógica. Recuerda que algunos años antes de su nacimiento, en el año 1989, tuvo lugar uno de los acontecimientos más importantes de la historia de Internet, la invención y el desarrollo de la **www**, la **world wide web**, o sea, la telaraña mundial que permite acceder y trabajar con documentos, cualquiera que sea la localización de éstos en el mundo y la distancia a la que nos encontremos de ellos.

—Creo que ha llegado el momento de que Jaime aprenda a navegar por Internet —reflexiona el abuelo.

